

Rincón de la cultura

Carta abierta sobre la interculturalidad

FERNANDO TRUJILLO SÁEZ

Departamento de Didáctica de la Lengua y la Literatura

Facultad de Educación y Humanidades de Ceuta

Querido compañero:

Es cierto que podríamos decir, sorprendidos, que parece increíble que incluso nuestra profesión se vea sometida a las modas. Puede uno llegar a preguntarse que, si bien todo lo relacionado con la compra-venta de artículos necesita del ir y venir de los gustos para que así se mantenga una demanda constante de productos, ¿qué sentido tienen, no obstante, las modas en nuestra profesión?

Realmente, a pesar de que estemos convencidos de que no caben modas en nuestra tarea, a veces caen sobre nosotros verdaderas lluvias de conceptos nuevos con la misma fuerza que si esas ideas fueran el objeto de la última campaña publicitaria. A poco que estés atento a las últimas publicaciones todo lo que se dice debe ser constructivista, comunicativo, por tareas o, ahora, intercultural. Da la impresión de que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para usar las mismas palabras.

Esto último de la interculturalidad puede parecer bastante curioso. Es un término técnico que, aunque no aparece en los medios de comunicación con frecuencia, sí está relacionado con una de las palabras del momento: “multicultural”. De repente parece que todo es (o debe ser) multicultural mientras que antes, parece, todo era mono-cultural.

Sin embargo, como ocurre con las modas, a veces usar con tanta frecuencia estos términos implica un riesgo: todos creemos saber qué significan

hasta que realmente nos preguntamos qué quieren decir. Precisamente eso es lo que hoy podríamos discutir.

Podríamos empezar no por la multiculturalidad o la interculturalidad, sino por algo más simple: la cultura. En los años cincuenta un par de investigadores americanos ya fueron capaces de recoger cientos de definiciones de la cultura, así que no quiero ni pensar cuántas habrá en estos momentos con la cantidad de publicaciones que se producen cada mes. El problema es que, si queremos hablar con propiedad de multiculturalidad o interculturalidad, deberíamos tener una idea clara de qué es la cultura.

¿Qué queremos decir cuando decimos cultura? Como toda palabra con una amplia historia, este término tiene sentidos diversos en el uso común de la lengua, en expresiones como “Pedro tiene mucha cultura”, “Estoy asistiendo a un curso de cultura española” o “En España han convivido muchas culturas”. Pero en cada uno de estos usos hacemos referencia a algo distinto y puede ser interesante analizar qué hay debajo de ellos para no caer en la imprecisión cuando lo utilicemos.

En una expresión del tipo “Pedro tiene mucha cultura” hacemos referencia al control y manejo de una información que es valorada positivamente por un grupo social, normalmente en relación con los conocimientos aprendidos dentro del sistema escolar. Esta información es una selección de todo el caudal de datos que utiliza un ser humano a lo largo de su vida y, curiosamente, es una parcela de información normalmente relacionada con el acceso a la educación, con un nivel de vida (y socio-económico) determinado y, normalmente, con un grupo de poder que establece qué está incluido bajo esta “cultura” y qué no lo está. Es decir, donde aquí decimos “cultura” nos estamos refiriendo a “posesión de datos con valor social (definidos por el grupo-poder)”.

En una expresión del tipo “Estoy asistiendo a un curso de cultura española”, probablemente estaremos hablando de aquellos elementos que supuestamente definen nuestra cultura nacional. Estos elementos son una selección de la enorme diversidad de rasgos de la historia y la sociología de un grupo, típicamente marcado por su delimitación política (y por ello hablamos de cultura europea, cultura española, cultura andaluza o cultura granadina), con una especial concentración en las costumbres y tradiciones, en la geografía, en ciertos momentos históricos y en algunas obras artísticas (especialmente arquitectónicas, pictóricas o literarias). Este conjunto heterodoxo de elementos se presentan como los que marcan la cultura nacional, a pesar de que algunos “nacionales” puede que no se reconozcan en ninguno de estos dado que son una selección parcial, muchas veces dirigida desde el poder para demostrar la diferencia de una región frente a otra¹. En resumen, cuando aquí

¹ La “cultura” nacional, en el sentido que más adelante definiremos de cultura, está más relacionada con una legislación común, unas fuerzas de seguridad comunes o unos medios de comunicación de masas comunes que con unas costumbres determinadas.

decimos “cultura” hacemos referencia a “la historia y la sociología de una demarcación política”.

Por último, una expresión del tipo “En España han convivido muchas culturas” hace referencia inequívoca a la convivencia de distintas comunidades. Este uso de la cultura como sustitutivo de comunidad es, precisamente, la interpretación más frecuente cuando hablamos de multiculturalidad, porque normalmente lo que se quiere decir es que en una determinada zona geográfica conviven distintas comunidades (normalmente étnicas o religiosas). Podemos ver un ejemplo en la propaganda turística de Ceuta, ciudad multicultural por excelencia, cuando afirma que en ella se dan cita cuatro culturas, a veces simbolizadas como cuatro mundos: “Ceuta, cuatro mundos por descubrir”. Aquí los cuatro mundos son las cuatro “culturas-comunidades religiosas” cristiana, árabe, hebrea e hindú que cohabitan en esta ciudad norteafricana. Es decir, en este caso cuando decimos “cultura” estamos hablando de “comunidad”².

Así pues, estas tres versiones de la cultura son, como poco, parciales, normalmente superficiales y, en algunos casos, peligrosas por las imágenes, estereotipos y prejuicios que comunican. Además, ninguna de estas tres versiones parece estar relacionada con esos conceptos que nos preocupaban en un principio, la multi- e interculturalidad.

Para tener una idea clara de qué es la cultura tenemos que pensar cómo funcionan los grupos de personas. Cuando un grupo, tenga el tamaño que tenga, se reconoce como tal y los miembros de ese grupo pueden sentirse identificados con ese grupo, podemos afirmar que ese grupo tiene una cultura. Los miembros de cualquier grupo comparten un conjunto de ideas (“significaciones y símbolos” las llamó Clifford Geertz, un importante antropólogo) mediante las cuales se organizan, interpretan lo que pasa a su alrededor y, también, saben cómo actuar en cada circunstancia. Precisamente este conjunto de ideas es lo que llamamos cultura.

Así, podemos analizar algunos grupos de diversos tamaños para comprender la noción de la cultura como ideas compartidas. Por ejemplo, en la cultura occidental (y, por efecto de la globalización, en muchas otras partes) la idea “el tiempo es dinero” nos sirve para actuar e interpretar la realidad, como podemos ver en expresiones como “no pierdas el tiempo” o “he invertido mucho tiempo en acabar este texto”. En la cultura española, la familia está compuesta por padres e hijos, pero también por tíos, abuelos, primos, cuñados e incluso suegros, es decir por relaciones de parentesco extensas, cosa que no ocurre en muchas otras culturas nacionales. En la cultura del Campo de

² Esta visión de la cultura como comunidad es especialmente arriesgada porque contribuye a crear una imagen de la sociedad dividida en unos pocos grupos aparentemente irreconciliables, cuando en realidad ésta está formada por multitud de grupos que se relacionan transversalmente.

Gibraltar, por ejemplo, el viento sólo puede ser de dos tipos, de levante o de poniente. En la cultura de los usuarios de Internet “rápido es bueno” mientras que en la cultura de la investigación científica “lento es bueno”.

Podemos sacar al menos dos conclusiones de esta definición de cultura. En primer lugar, la cultura deja de ser algo rígido, claramente definido y cuya posesión o cuyos márgenes puedes ser nítidamente establecidos. La cultura es algo difuso, compartido parcialmente. Algunos individuos, normalmente los más cercanos al poder dentro del grupo, disponen del repertorio amplio de ideas y pueden generar ideas nuevas, mientras que muchos otros sólo las controlan de forma limitada y pasiva. En segundo lugar, un individuo no pertenece exclusivamente a una cultura (como suele afirmar la versión “la cultura es una comunidad” que hemos comentado antes), sino que todo individuo presenta múltiples identificaciones (mejor que múltiples identidades, que suena muy estático). Yo mismo soy al mismo tiempo algecireño, andaluz, español o europeo, pero también universitario, aficionado al jazz, apasionado del mar, usuario frecuente de Internet, etc., pero este catálogo es modificado constantemente, a veces según la situación y a veces permanentemente³.

La cultura, así, está muy relacionada con la comunicación. Gracias a ésta se comparten esas ideas que hemos mencionado en multitud de textos, escritos y orales, pero también en las acciones cotidianas y en las demostraciones (conscientes o inconscientes) de nuestra actitud hacia las personas o las cosas. Además, la comunicación permite que la cultura no sea algo estático, sino en un proceso constante de reafirmación y, también, de redefinición. Las relaciones entre cultura y comunicación son tan complejas que incluso expresarlas es difícil: digamos que, al mismo tiempo, la comunicación permite la existencia de la cultura y la cultura condiciona nuestra forma de comunicarnos.

¿Qué significa, por tanto, ser multicultural y ser intercultural? Ser multicultural es una condición inevitable del ser humano/social de todos los tiempos, no una exclusiva del habitante del mundo globalizado. Todos pertenecemos a multitud de grupos que han generado multitud de culturas. Además, no cabe hablar, entonces, de multiculturalidad únicamente cuando hay personas de distintas comunidades (nacionales, étnicas o religiosas); si circunscribimos la multiculturalidad a estos casos estaremos hablando de multicomunitarismo, no de multiculturalidad.

¿Y la interculturalidad? La interculturalidad ha recibido también diversas definiciones, algunas más relacionadas con actitudes (respeto, tolerancia,

³ Es muy interesante ver con cuánta facilidad podemos soportar contradicciones y ambigüedades en las distintas identificaciones que asumimos: podemos ser muy democráticos dentro de un grupo y autoritarios en otro, sumisos en uno y críticos en otro, activos en uno y pasivo en otro. Comprender este fenómeno es, además, de una gran importancia educativa.

etc.) y otras con modos de comportamiento. En la mayoría de ellas se habla de la persona intercultural como aquella que es capaz de estar entre culturas, es decir, de actuar adecuadamente en dos culturas sin perder su identidad. Realmente, si esto es así, todos somos interculturales en el sentido de que todos actuamos, no en dos, sino en muchas culturas adecuadamente, lo cual dejaría sin sentido a esta nueva competencia. Por ello, es necesario una nueva descripción de la interculturalidad coherente con la definición de cultura que hemos expuesto antes.

Podríamos definir la competencia intercultural como la capacidad de participar en la comunicación, activa y críticamente, dentro de distintos grupos. Participar en la comunicación nos da la posibilidad de compartir las ideas que cohesionan a ese grupo y, por tanto, de añadir una identificación más a nuestro repertorio personal.

¿Cómo se hace esto en educación? La forma de conseguir la competencia intercultural es practicando una “socialización rica”. Se ha señalado la escuela como un factor de socialización, igual que la familia y el grupo de iguales. En efecto, la escuela socializa en el momento que hace partícipes a los estudiantes de la cultura de la escuela, cultura decisiva para el desarrollo social del individuo. Entre otras cosas, del manejo de la cultura de la escuela depende la obtención de títulos, un valor fundamental en el mercado en el que tendrán que participar posteriormente los estudiantes.

Ahora bien, la escuela puede promover una “socialización rica”, entendida como el acercamiento a distintos grupos y sus culturas. En especial, desde la enseñanza de la lengua, sea esta la lengua materna, una segunda lengua o una lengua extranjera, es posible diseñar estrategias para hacer posible esta “socialización rica” que da pie al desarrollo de la competencia intercultural. ¿Qué podemos hacer? Comentaremos aquí dos estrategias didácticas concretas: la argumentación y la etnografía en el aula. Comenzaremos con la argumentación.

La argumentación es una actividad (cognitiva, lingüística y social) mediante la cual intentamos convencer o persuadir a otra persona para que esté de acuerdo con nosotros o para que haga lo que nosotros indicamos. La argumentación fomenta la “socialización rica” y, por tanto, la competencia intercultural porque el primer paso de la actividad argumentativa es la búsqueda de información y el pensamiento crítico. En este primer paso los estudiantes pueden llevar a cabo encuestas, entrevistas, lecturas, visionado de películas, etc., para formar una opinión acerca del tema. Esta primera fase da paso a una exposición de la postura de los estudiantes (individualmente o agrupados cooperativamente). A partir de aquí comienza el debate, que puede ser oral o escrito, pero para el cual siempre será necesario tomar en consideración las opiniones de los otros estudiantes. La búsqueda de conclusiones consensuadas exige una negociación para encontrar puntos en común.

En esta actividad argumentativa se utilizan destrezas propias de la competencia intercultural. La búsqueda de información, la actitud crítica, la anticipación de las ideas del interlocutor, la exposición de las ideas propias y la negociación son elementos que configuran la competencia intercultural tal y como ha sido aquí definida. Todas ellas son herramientas que el estudiante ha de manejar para la socialización rica, dentro y fuera de la escuela.

La segunda estrategia didáctica es la etnografía en el aula. La etnografía es el estudio detallado de la vida de un grupo de individuos en su contexto. Cuando la etnografía se aplica en el aula quiere decir que son los estudiantes los que asumen el rol del etnógrafo, interesándose por la comunidad escolar, por su entorno (familia, amigos y barrio) o por elementos más lejanos (centros de trabajo como una fábrica o una lonja pueden ser objeto de estudio).

Para llevar a cabo este tipo de tareas debemos pensar, en primer lugar, cuál es el desarrollo normal de una investigación. Podríamos hablar de cinco pasos fundamentales:

1. Determinar un área de interés (ya sea motivado por lecturas, observación, comentarios, etc.); por ejemplo, “la pesca”.
2. Formular una pregunta. La pregunta ha de ser tal que, por un lado, creamos que seremos capaces de responderla y, por otro lado, estimemos que merece la pena estudiarla; por ejemplo, “qué pasa desde que el pescado está en el mar hasta que llega a nuestra mesa”.
3. Refinar y precisar al máximo la pregunta; por ejemplo, “qué personas se ven implicadas desde que el pescado están en el mar hasta que llega a nuestra mesa” y “qué hace cada persona”.
4. Definir los datos que hacen falta para responder a esa pregunta; por ejemplo, “profesiones del mar”, “lugares relacionados con la pesca y la venta de pescado”, etcétera.
5. Preparar la investigación: qué tipo de recogida de datos, análisis e interpretación son necesarios para responder a la pregunta; por ejemplo, cuestionarios para los pescadores, hojas de observación para la lonja o la pesquería con los nombres de los peces, etcétera.

Considerando que esta es una actividad de enseñanza de la lengua, es fundamental pensar cuáles van a ser los objetivos de la tarea y los objetivos lingüísticos (la etnografía puede ser una buena actividad de enseñanza basada en contenidos si prestamos atención tanto al lenguaje socio-comunicativo como al lenguaje académico). Debemos definir con claridad qué vamos a investigar y qué vamos a producir como resultado (un mural, un informe escrito, una narración, o incluso un reportaje fotográfico), pero también debemos poder prever qué elementos lingüísticos nos vamos a encontrar para poder recogerlo y trabajarlo. Es decir, en la fase de pre-tarea se prepara el tra-

bajo etnográfico clarificando objetivos, repartiendo responsabilidades, preparando cuestionarios u hojas de observación, así como solucionando cuestiones lingüísticas que podamos encontrar.

La primera parte del ciclo de la tarea consiste en el contacto con la realidad que vaya a ser investigada. Una vez en el lugar, hay que recabar todos los datos que nos sirvan para completar la tarea, llevando a cabo cada uno de los estudiantes la responsabilidad que le haya sido asignada dentro de un marco de trabajo cooperativo. Fundamentalmente, serán dos tipos de actividades las que puedan realizar los estudiantes:

1. Observación directa: hojas de observación, grabaciones en audio (y quizás en vídeo con la ayuda del profesor), transcripciones, diarios.
2. Preguntas: encuestas, entrevistas o cuestionarios.

Con estas actividades deben poder recoger los datos para la tarea.

De vuelta en el aula, los estudiantes se reúnen para llevar a cabo el análisis y la interpretación, y para preparar la presentación pública, compartiendo la información que antes han recabado. En este sentido, parece especialmente interesante el análisis interpretativo. En este tipo de análisis el investigador intenta identificar y agrupar los datos según categorías. Esas categorías pueden originarse a partir de los datos mismos o pueden pertenecer a alguna teoría y ser aplicadas a los nuevos datos que posee el investigador. El objetivo, en cualquier caso, es buscar elementos comunes, regularidades o patrones que, una vez hallados, se aplican a nuevos datos para ser evaluados. En el ejemplo que hemos utilizado, podemos usar categorías como “personas implicadas”, “lugares implicados”, “actividades realizadas”, “peces”, etcétera.

Por último, se realiza una exposición pública, que al mismo tiempo sirve de demostración de la finalización de la tarea (para una posible evaluación), de objeto de aprendizaje para otros compañeros (de la misma clase o de otros niveles) y de motivación para futuras experiencias.

Finalizado el ciclo de la tarea es el momento de prestar atención a la forma. Hay que revisar los elementos lingüísticos (socio-comunicativos y académicos) que se hayan utilizado en el desarrollo de la tarea, afianzando unos y corrigiendo otros antes de pasar a la siguiente tarea. Esta fase es, al menos, tan importante como las anteriores dado que la atención a la forma es la herramienta con la que contamos para que mejoren tanto la fluidez como la precisión y la complejidad de la expresión lingüística.

¿Qué conseguimos con esta actividad etnográfica? En primer lugar, acercar a los estudiantes al mundo fuera de la escuela, haciéndoles partícipes de conjuntos de significaciones (es decir, culturas) de otros grupos de individuos con los que quizás no tengan relación de forma espontánea; esto es lo que decíamos antes de la “socialización rica”. En segundo lugar, aportar una

función práctica al aprendizaje de la lengua, que nos permite también aprender sobre la realidad que nos rodea. En tercer lugar, cohesionar el grupo de estudiantes, que realiza una tarea de forma conjunta. En cuarto lugar, dar a cada individuo una responsabilidad con la que debe cumplir para el éxito de todo el grupo. En quinto lugar, desarrollar al mismo tiempo el uso de la lengua socio-comunicativo y el académico.

Acabo con esto esta carta abierta sobre la interculturalidad. Quisiera, antes de despedirme, hacer una reflexión cultural. Piensa por un momento lo extraño que es este texto: tiene un encabezamiento, muchas preguntas, una despedida, ninguna referencia bibliográfica. En cierto modo es lógico porque pretende ser una carta aunque lo normal en una revista como esta sea encontrar artículos más académicos. Hemos transgredido los límites de un género textual frecuente dentro de una cultura, la de los especialistas en didáctica de la lengua. Sin embargo, no ha ocurrido gran cosa más allá de una posible desorientación al principio, que pronto ha sido corregida sin mayor problema. Así de flexible es la cultura.

Un abrazo.
Fernando Trujillo Sáez